

# **La Profecía de los Elementos**

**Los Hijos de los Dioses I**

**Paula de Vera**

4ª edición, Amazon KDP, 2020  
Portada: Alexia Jorques

*Para todos aquellos que creen  
que un mundo mejor es posible.*

NO COPIAR

“—La primera regla de una escuela de hechicería es —  
recitó Nawin—que ningún aprendiz, bajo ningún concepto, debe  
jamás rebelarse contra su Maestro...

—... porque si lo hace, su maldición lo perseguirá para  
siempre —concluyó Jonás, en voz baja.”

*“Crónicas de la Torre: La maldición del maestro”. Laura  
Gallego García.*

NO COPIAR

## **HIJOS DE LOS DIOSES**

Organización General: cada mago o bruja es reconocido por su signo del zodiaco y asignado a su casa correspondiente, según la cual evolucionará y desarrollará sus poderes a través de Escuelas mixtas.

### **Casas de Tierra**

- Hijos De Saturno —Capricornio
- Hijos de Venus —Tauro
- Hijos de Mercurio —Virgo

### **Casas de Aire**

- Hijos de Urano —Acuario
- Hijos de Mercurio —Géminis
- Hijos de Venus —Libra

### **Casas de Agua**

- Hijos de Neptuno —Piscis
- Hijos de la Luna —Cáncer
- Hijos de Plutón —Escorpio

### **Casas de Fuego**

- Hijos de Marte —Aries
- Hijos del Sol —Leo
- Hijos de Júpiter —Sagitario

NO COPIAR



## Noche

Sandra se despertó sobresaltada. Un sudor frío recorría su espalda y la habitación estaba a oscuras. Miró el despertador: 04:00 a.m. Ray dormía a su lado. Poco a poco, la joven notó cómo su corazón recuperaba un ritmo normal, casi perezosamente.

Había sido una pesadilla, una de las fuertes. No es que no estuviera acostumbrada: aquellas sombras danzarinas volvían cada cierto tiempo, tomando siempre diferente forma. Pero esta vez... Esta vez... Sandra suspiró, derrotada. Sí, había algo diferente en esa ocasión, aunque no estaba segura de lo que era.

De todas formas, algo sí tenía claro.

Le producía escalofríos.

\*\*\*

Las piernas le dolían insoportablemente y pensó que iba a desfallecer en cualquier momento, pero en ese instante volvió a oírlos tras ella: risas diabólicas en las que se mezclaban infinidad de sonidos estridentes, como si un coro de animales diversos aullara al unísono.

Se detuvo un segundo a recuperar el aliento. Se encontraba en una calle larga de edificios encalados, más o menos ancha y completamente desierta. A su izquierda, a un par de metros desde donde se encontraba, se abría un pequeño callejón. Aparte de eso, la vía continuaba recta, pálida y silenciosa en la noche. Los oía más cerca; pronto la alcanzarían. Así que, ignorando el martilleo de su corazón, galopante de miedo, optó por el callejón. Allí, con un poco de suerte, no la encontrarían. Y si lo hacían... Bueno, prefería no pensar en a qué debería enfrentarse entonces.

Estaba oscuro, y en el aire flotaba el olor fétido a basura recién sacada. Se puso en cuclillas y contuvo la respiración justo a tiempo. Una figura medio encorvada, oscura y desnuda, sin

ningún atributo humano salvo la silueta escuálida, apareció por la esquina. Caminaba lentamente, en exceso para el gusto de la joven fugitiva y cuando se detuvo en el centro de la calle grande, alzó la cabeza y olfateó —al menos eso le pareció a ella, puesto que carecía totalmente de nariz—, un escalofrío recorrió su espina dorsal. En ese preciso momento, tuvo la total certeza de que la encontrarían.

En efecto, segundos después, el deforme ser volvió la cabeza hacia el callejón y bufaba directamente en su dirección. Ella se fijó en su rostro, iluminado tenuemente por la luz de una farola: el pellejo acartonado y oscuro, sus rasgos chatos, dos rendijas a modo de orificios nasales, labios desagradables, dientes pequeños y puntiagudos... Y sus ojos. Reptilianos, amarillos e inyectados en sangre en las comisuras. Un cazador nato.

El cuchillo se materializó con un chasquido en su mano. Bien, ¿querían pelea? La tendrían. Ya estaba bien de huir. La criatura ya estaba rodeada de otros cuatro como él; igual de deformes, oscuros y terroríficos. Pero ella no estaba como para asustarse. Con un grito salvaje, sin preocuparse de quien pudiese oírla, salió de las sombras del callejón empuñando su arma y abalanzándose sobre ellos.

Por desgracia, su táctica no funcionó como esperaba. Se diría que la estaban esperando; puesto que, en cuanto apareció, se lanzaron a su vez sobre ella y la cogieron de los brazos antes de que tuviera tiempo de alcanzar a ninguno. Después, la tiraron al suelo sin contemplaciones mientras uno la sujetaba del pelo corto y oscuro; un segundo, de un brazo y un tercero del otro.

El cuarto se arrodilló junto a ella como si fuese a besarla. La chica no lo pensó dos veces e hincó su rodilla libre con todas sus fuerzas en el costado del monstruo, pero este la esquivó con facilidad, rodó a un lado y se incorporó gruñendo.

—No *vasss* a *escaparrrr* —amenazó, con una voz chillante que le puso los pelos repentinamente de punta.

La joven intentó zafarse de nuevo, pero aquellos monstruos escuálidos tenían una fuerza asombrosa. Fue entonces cuando el quinto miembro del grupo, que hasta ese momento se había mantenido apartado de la escena, le sujetó las piernas con violencia. Ella chilló y se debatió con más fuerza, pero no le sirvió de nada, por lo que decidió utilizar su as en la manga. “Se acabaron las tonterías”, pensó con rabia mientras una corriente anaranjada salía de su pecho hacia su mano. Una centésima de segundo después, sobre la palma empezaba a formarse una espiral de fuego. Sin embargo, el monstruo que sujetaba esa extremidad se dio cuenta y le retorció el miembro. La muchacha gritó y se contorsionó de dolor, con lo que la llama materializada entre sus dedos desapareció al instante.

Solo entonces fue consciente. No saldría viva de allí. Ni siquiera podía usar sus poderes contra ellos... Salvo que... Cerró los ojos y contuvo las lágrimas. «No hay otra salida», reconoció con tristeza. No podía permitir que se salieran con la suya. Debía hacerlo por ella y por los demás, y una lágrima rodó por su mejilla cuando pensó en ellos. «Nos veremos en el infierno, compañeros», susurró para sí.

El monstruo ya se aproximaba. Ella cerró los ojos con decisión, sin derramar otra lágrima, antes de concentrarse. Un segundo después, la espiral de fuego volvió a formarse en su pecho, aumentando gradualmente de intensidad. Los monstruos, irritados y asustados a la vez, intentaron torturarla para que dejase de hacerlo, pero ella ya no estaba allí. Su conciencia hacía rato que se había ido muy lejos de aquel lugar. Lo único que podía hacer ya era dejar que su espíritu y su cuerpo hicieran lo que debían.

El pánico empezó a cundir entre los atacantes cuando la intensidad de la llamarada aumentó y empezó a girar a mayor velocidad, ampliando su diámetro a cada segundo hasta cubrir del todo la silueta de la joven tendida. Los monstruos la soltaron rápidamente en cuanto notaron que el calor se aproximaba, tratando de esquivarlo. Pero, de repente, un chorro inmenso de fuego sur-

gió del pecho de la chica. Ellos corrieron para escapar de una muerte inminente, pero fue en vano: el fuego se ramificó, a velocidad de vértigo, antes de alcanzarlos de lleno.

NO COPIAR

## Luz

—¡Marco! ¡Marco! ¡Despierta!

El aludido abrió los ojos despacio, aturdido, y le costó un rato enfocar a quien estaba a su lado en la cama.

—¿Qué pasa? ¡¿Qué pasa?! —bramó, irritado, intentando zafarse.

La presión que ejercían sobre su brazo era casi dolorosa, pero se relajó en cuanto vio de quién se trataba. Cora, una de sus compañeras de piso, lo zarandeaba como si le fuese la vida en ello mientras sus ojos oscuros brillaban de preocupación. Marco sonrió con socarronería al comprobar esto último. «Vaya, vaya...». Que aquella chica por la que tenía perdida la cabeza desde hacía casi dos años se preocupase por él, eso sí que era una sorpresa agradable... Aunque fuese de aquella manera.

—Hola... —dijo el chico en tono meloso.

Pero, a cambio, solo recibió un bofetón que lo arrojó contra la almohada. Suspiró; claro que era mucho pedir que Cora lo quisiese de la noche a la mañana. Pero tampoco era para ponerse así. Marco se llevó una mano dolorida a la mejilla mientras se incorporaba, algo incrédulo.

—¡Ay! Pero, ¿se puede saber qué te pasa? —le espetó, molesto.

Porque una cosa era no llevarse bien con él y otra, muy diferente, pegarle.

—¿Cómo que qué me pasa? —vociferó ella, histérica—. ¡Que casi nos matas de un susto, imbécil!

Marco se quedó sinceramente boquiabierto. ¿Qué... había pasado? ¿Qué había hecho él? Solo recordaba una cosa, y no era precisamente agradable... ¿Sería posible que...?

—¿Qué...? —consiguió balbucear al fin, tras reponerse de la sorpresa—. ¿Pero... qué he hecho yo?

Además, tampoco era propio de Cora andarse con paranoias. Pero, para su alivio, la cara de su amiga cambió en ese momento del enfado a la confusión, probablemente como la suya propia un minuto antes. La voz de la joven bajó entonces a un volumen normal.

—Te has puesto a temblar como un loco y... no sabíamos lo que te pasaba —repuso en voz baja.

En su tono se adivinaba un ligero deje de angustia que a Marco le resultó muy, pero que muy interesante. ¿Cora preocupándose por él? Ni en sus mejores sueños. Él tenía muy claro sus propios sentimientos hacia aquella muchacha bajita, delgada, de veintidós años, con el cabello corto y rojizo oscuro siempre alborotado. Pero, por desgracia, ella no parecía compartir el mismo interés por él. Marco suponía que podía ser cuestión de tiempo, pero había veces que empezaba a perder la esperanza. En ese momento apareció Ray, su otro compañero de piso, detrás de Cora, impidiéndole seguir divagando sobre ella. Sus ojos oscuros tenían el mismo brillo de preocupación que los de la joven bajo el flequillo moreno y despuntado.

—Eh, oye, ¿estás bien? —le preguntó, acercándose a la cama.

También parecía visiblemente preocupado. Marco se preguntó por enésima vez qué narices habría pasado.

—Sí, no sé... —dudó un segundo antes de proseguir. Podía ser eso—. Estaba teniendo una pesadilla, nada más. No sé por qué me habré puesto a... temblar.

Le costó pronunciar la palabra de lo inverosímil que le parecía, a la vez que miraba a Cora con extrañeza.

—Nos has asustado —aseguró Ray con aparente alivio. Marco lo miró, inquisitivo. Tenía que haber algo más, lo notaba en el rostro de su amigo—. También... gritabas —añadió entonces este, frunciendo el ceño.

«Venga ya...», pensó Marco, incrédulo. Nunca antes le había pasado eso. Claro que la mayoría de las noches se acostaba

agotado de... Sacudió la cabeza con rapidez para arrinconar aquellos pensamientos. No era el momento de ponerse a pensar en eso.

—¿Gritar... qué, exactamente? —quiso saber, mirando a los otros dos de manera alternativa.

Pero, antes de que pudieran responderle, una imagen volvió a sus recuerdos, vívida y dolorosa. Sí, era verdad, había gritado al final de la pesadilla... Pero solo había sido una palabra... el nombre de ella. La respuesta de Cora confirmó sus sospechas.

—El nombre de una de tus últimas amantes, probablemente —le indicó la joven con rencor mal disimulado, como siempre que surgía “el tema”—. Pensándolo bien, quizá ya he sacado en claro por qué te has puesto así...

—Cora, no tiene gracia —la interrumpió Ray, severo.

Ella se calló de inmediato, pero entrecerró los ojos, molesta. Marco sacudió la cabeza, atónito. «Ya estamos otra vez», pensó con amargura, «siempre a vueltas con lo mismo». Cora no era de las que olvidaba fácilmente, aunque hubiese sucedido cinco años atrás.

—Os dejo a los tíos que os las arregléis con cosas de tíos —les espetó, añadiendo una mirada envenenada dirigida hacia Marco, antes de darse la vuelta y salir de la habitación dando un portazo.

El chico suspiró mientras la observaba marcharse. Ray siguió su mirada y adivinó sus pensamientos sin esfuerzo.

—Si realmente quieres llegar a algo con Cora, deberías intentar que deje de considerarte el “Don Juan” del siglo veintiuno...

Marco hizo una mueca y se quedó en silencio, sin responder. Pensaba en otra cosa. En ella. Ojos claros, cabello oscuro y corto, su rostro fiero contraído en una mueca de dolor cuando estalló... El joven enterró la cara entre las manos, sintiendo cómo sus sienas empezaban a palpar de forma bastante dolorosa. ¿Cómo una pesadilla podía afectarlo tanto?

—Marco —lo llamó Ray.

Él alzó la cabeza despacio y su mirada azul pálida, clara y limpia, se cruzó con los ojos color chocolate oscuro de su compañero. Ray suspiró cuando vio la mueca de abatimiento de su compañero.

—¿Qué ha pasado? De verdad —quiso saber.

Marco se quedó pensativo un segundo. La verdad es que, ¿por dónde debería empezar?

—Creo que he soñado con una bruja —confesó al final bajando la vista de nuevo, en un susurro en parte avergonzado, en parte incrédulo.

Ray abrió mucho los ojos, igualmente sin creérselo.

—¿Una bruja?... —Ray hizo un mohín de extrañeza antes de mirarlo de una forma muy rara—. Pero tío, ¿qué bebiste ayer?

—Lo mismo que tú y lo sabes —respondió Marco, de repente muy serio y mirándolo, esta vez sí, directamente a los ojos—. No te atrevas a insinuar que ando drogándome o algo, porque...

—¡Eh, eh, eh! ¡Para el carro! —se asustó Ray—. No pretendía insinuar eso. ¿Pero qué diantre te pasa?

De repente, Marco fue consciente de que se había levantado y había adoptado una pose amenazadora; se relajó de inmediato, se sentó en el borde de la cama y enterró de nuevo la cara entre las manos, mareado. Ray se acercó despacio.

—Perdona —susurró Marco—, no me encuentro muy bien. No sé por qué, pero ahora no puedo dejar de pensar en ese sueño.

—No pasa nada...—. Ray se sentó a su lado mientras hablaba —Pero, si me lo permites... hoy, más que mal, yo te veo raro —concluyó sonriendo y pasándole una mano amistosa por la espalda.

Tras unos segundos, Marco sonrió también y se levantó, decidido a olvidar su pesadilla tan pronto como fuese posible. «Habré bebido demasiado anoche», razonó.



—Vamos a desayunar, ¿te parece? —le sugirió a Ray.  
Este palmeó su espalda, visiblemente más tranquilo.

—Vístete, te espero abajo. Recuerda que esta tarde tenemos una entrevista importante —añadió guiñándole un ojo—. ¡*Black Sunset!* —concluyó con una sonrisa, antes de desaparecer.

Marco no pudo menos que reírse ante aquello, aunque él estaba igual de emocionado. *Black Sunset* era la banda de rock que habían formado en el instituto seis años atrás, cuando estudiaban en el mismo centro. Ray era un año más mayor, pero aquello no fue un impedimento para formar el grupo y menos aun cuando empezó a salir con Sandra, la cuarta compañera de piso y también componente de la banda. Marco era el encargado de la guitarra, o el piano cuando se terciaba —aunque desde que se habían independizado no tenían dinero para permitirse más que un teclado portátil, el cual suplía aquella función—. Ray tocaba el bajo y las chicas cantaban. Cora, además, tocaba la batería de forma ocasional y Sandra siempre había tenido un talento natural para los instrumentos de viento. Hasta la fecha, los cuatro habían actuado en las fiestas de su instituto, con bastante éxito, además de en algún que otro local diminuto en el centro de Madrid; aunque en este último caso, no habían prosperado en exceso. Sin embargo, no perdían la esperanza; y la entrevista de aquella tarde parecía muy prometedora al respecto.

Cuando por fin se vistió y bajó a la cocina, ya estaban todos desayunando. El chalé que compartían los cuatro, cerca del metro de Suanzes en Madrid, no era muy amplio, pero para cuatro jóvenes bastaba. Sandra lo había heredado de su abuela, pero no tuvo reparos en ofrecérselo a sus compañeros cuando decidieron que la independencia era su futuro inmediato. No obstante, había facturas que pagar; por lo que, mientras llegaba el esperado éxito discográfico, cada uno trabajaba en lo que podía y, salvo Sandra, que había conseguido ser modelo de forma más o menos permanente y aportaba la mayor parte del dinero, los otros se buscaban la vida con empleos temporales que nunca duraban más

de cuatro o cinco meses. De hecho, en aquel preciso momento estaban los tres en el paro.

—Hace un día precioso —comentó Sandra, mirando por la ventana. Cuando Marco entró, se volvió hacia él y su rostro cambió—. ¡Marco! —la joven lo miró con los ojos grises llenos de preocupación. Al parecer, las noticias volaban—. ¿Cómo estás? —preguntó, mientras se acercaba a él y lo abrazaba con cariño.

—Bien, bien. Solo he pasado una mala noche —el chico mostró media sonrisa para quitarle importancia, mientras se separaba de ella—. Estás guapa esta mañana —le dijo dándole un fuerte beso en la mejilla y guiñándole un ojo acto seguido. Por el rabillo del ojo vio cómo Cora, que andaba metiendo los platos en el lavavajillas, ponía los ojos en blanco. Sonriendo burlón, se acercó a ella—. Claro que... no se puede comparar a ti. Aunque me hayas pegado... Algo que, por cierto, aún espero que me compenses...

Cora se irguió, furiosa.

—Verás lo que te voy a compensar... —lo amenazó, alzando la mano para darle otra bofetada.

Pero se detuvo a medio camino, mirándose la muñeca. ¿Qué era aquella cosa negra que había aparecido en el lateral...? Marco también lo había visto, aunque no comprendió a qué se debía su mirada de terror y decidió divertirse un poco más a su costa.

—¿Qué pasa? ¿Te hiciste un tatuaje y se te olvidó?

Desgraciadamente, como única respuesta, el chico se llevó el segundo bofetón de la mañana. Ahora le toca a él alzar los ojos. ¿Y “él” se había levantado raro? Porque Cora parecía a punto de entrar en *shock*...

—¡Chicos, esto no tiene gracia! —manifestó la muchacha con voz aterrada, mirándolos a los tres alternativamente—. ¡Quiero saber qué es esto!

Sandra se acercó a ella rápidamente y le tomó la muñeca con cuidado.

—A ver, déjame ver y no te pongas histérica —le pidió con calma—. Que bastante hemos tenido con los gritos de Marco de esta mañana...

El acusado estuvo a punto de decir algo en su defensa, pero Cora le lanzó una mirada asesina que debía querer decir “cierra el pico si no quieres otra bofetada”. Así que optó por callarse y apartarse un par de metros de la pareja. Definitivamente, había tenido suficiente con dos atentados contra la integridad de su mejilla aquella mañana. No quería un tercero.

Sandra, por su parte, seguía examinando la línea oscura con atención.

—Pues, Cora, no sé qué es eso —confesó, intrigada—. Pero... ¡Ah!

La joven calló de golpe, hizo una mueca de dolor y se miró el pie.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, un calambre en el tobillo...

Sandra intentó quitarle importancia, pero su novio la tomó por los hombros de inmediato.

—Siéntate, anda —le indicó con dulzura, y ella lo hizo—. A ver, déjame ver ese pie.

Ray alzó la extremidad un poco para que le diera la luz, pero su rostro palideció de inmediato, así como el de los otros tres. En el tobillo derecho de Sandra había comenzado a aparecer una línea negra que se movía sinuosamente bajo la piel. Cuando se detuvo, finalmente, todos se inclinaron para mirarlo. Cora soltó un grito ahogado. El dibujo era idéntico al de su muñeca: parecía una estrella de cinco puntas, con uno de los lados cubierto de una nebulosa extraña. Ninguno tenía idea de lo que aquello podía significar.

—¿Qué... clase... de broma... macabra... es ésta? —susurró Sandra, aterrada—. Este símbolo...

—Deberíamos ir a que os viera un médico, a las dos — interrumpió Marco, señalándolas alternativamente.

Cora se encaró con él.

—¡Ya, claro! Un médico va a saber lo que es una línea negra que se mueve bajo la piel y hace dibujitos macabros —le gruñó.

Marco sintió cómo sus mejillas se encendían de ira.

—¿Qué? ¿Acaso tienes una idea mejor? —la enfrentó.

Cora lo miraba fijamente a los ojos, dispuesta a responder con algo hiriente, cuando de repente crujió el suelo del segundo piso, justo sobre sus cabezas. Los cuatro miraron hacia arriba, asustados.

—¿Qué... qué ha sido eso? —volvió a susurrar Sandra encogiéndose en la silla. Miró a su alrededor—. Estamos los cuatro aquí —constató con voz temblorosa.

Ray le pasó un brazo por los hombros en ademán tranquilizador. Ninguno contestó, esperando a oír de nuevo el crujido. No se repitió.

—Habrá sido un pájaro en el tejado —aventuró Marco, antes de tratar de quitarle hierro al asunto—. Vamos, ¿no iréis a pensar que de repente estamos en una película de terror?

No obstante, ninguno apreció el chiste, por lo que el chico dejó de sonreír y miró hacia el techo, expectante; los cuatro permanecieron otro largo minuto en silencio, hasta que Cora se volvió de golpe hacia sus compañeros, devolviéndolos a la realidad, mientras alzaba la muñeca para que el extraño dibujo fuese perfectamente visible.

—Pues a mí lo que ahora me preocupa es esta... “cosa” infernal que me ha salido en la muñeca, que no sé de dónde ha venido y que no quiero para nada. Así que hay que encontrar una forma de quitarlo.

—¿Qué sugieres? —preguntó Ray.

—Quizá una biblioteca... —sugirió Sandra.

—Yo sigo votando por un médico... —susurró Marco—  
un cura...

—Sinceramente no sé cuál de las tres opciones me parece  
más patética... —gruñó Cora.

—Schhh ¡Callaos! —interrumpió entonces Ray—. Creo  
que he vuelto a oír algo.

Obedecieron, permaneciendo quietos como estatuas y  
aguzando el oído. En efecto, a los pocos segundos escucharon,  
aterrados, cómo algo caminaba, o se arrastraba, por el piso de  
arriba. Tras dos segundos de vacilación, cruzaron una mirada  
significativa y decidieron salir corriendo al unísono de la cocina  
para ir a ver. Pero una silueta oscura les cerró el paso en cuanto  
pusieron un pie en el pasillo. Sandra gritó asustada y los cuatro  
retrocedieron de nuevo hacia la mesa de la cocina, conteniendo la  
respiración.

Una criatura totalmente siniestra se alzaba en el umbral,  
mirándoles fijamente: no tenía nariz, apenas dos finas rendijas;  
sus ojos eran como de reptil y su boca, desagradable. Salvo eso y  
el color negro verdoso de su piel, el resto parecía casi humano.  
Marco palideció al reconocerlo. Él había visto esa criatura en su  
sueño, persiguiendo a la joven, a Marina. Pero no lo manifestó en  
voz alta, puesto que el miedo lo tenía paralizado. No obstante,  
algo llamó su atención mientras la criatura los obligaba silencio-  
samente a retroceder hacia la mesa de la cocina; y era el hecho de  
que Sandra, aparte del terror que sentía, tenía un brillo peculiar en  
los ojos, como si también lo reconociera.

NO COPIAR

## *Luz oscura*

Cuando los acorraló del todo contra el mueble, el inmundado ser sonrió con malicia. Otro apareció entonces detrás de él y avanzó hasta ponerse a su lado. En ese momento, como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos a la vez alargaron sus brazos hacia ellos, con una rapidez inhumana. Cora se tapó la cara con los brazos y chilló cuando una de sus garras le rozó la piel. Apenas fue consciente de que Marco se ponía delante de ella en un gesto protector inmediatamente después. El monstruo lo agarró de la camiseta y él lo apartó de un manotazo, pero su oponente se incorporó enseguida y le enseñó los dientes con un bufido. Ray abrazó a Sandra, que se refugió en su cuello, temblando. El chico cerró los ojos a su vez y enterró la cara en el pelo de su novia. Los dos monstruos se abalanzaron de nuevo hacia ellos y Marco alzó un puño, para utilizarlo si fuese necesario. Pero justo cuando los dedos retorcidos y oscuros de aquellas criaturas estaban a punto de alcanzarlos, los dos atacantes se desplomaron en el suelo, inertes.

Solo Marco lo vio, así como a las dos figuras femeninas que habían aparecido en el pasillo, justo detrás de los dos cadáveres. Sin poder articular palabra y totalmente confundido, miró de forma alternativa a los monstruos desplomados en el suelo y a las desconocidas, que tendrían más o menos su edad. Una de las jóvenes avanzó en su dirección, pero dirigiendo su atención hacia los intrusos más que hacia los cuatro humanos. Entonces fue cuando Marco lo vio: una empuñadura de metal pálido, con piedras de color azul claro engarzadas, sobresalía de la nuca de uno de los monstruos. De la espalda del otro, no obstante, salía... ¿una flecha? Sí, en efecto: la otra chica llevaba un arco en la mano. El chico se fijó mejor en ambas. Su ropa tampoco era del todo normal. Ambas vestían capa, pantalones, botas y corpiños con mangas. Aquello era totalmente surrealista; y Marco empeza-

ba a replantearse si realmente no estarían siendo testigos de alguna especie de fenómeno paranormal, del que un día harían una película de terror adolescente con mucha sangre. Personalmente, no le hacía ninguna gracia.

La chica del arco avanzó unos pasos hacia ellos, y Marco fue consciente de que, para ese momento, sus tres compañeros también observaban la escena, estupefactos. Las desconocidas recogieron sus respectivos proyectiles, hicieron un gesto con la mano y los cadáveres se transformaron en pequeñas piedras negras, que la primera chica se guardó en un bolsillo del pantalón. Entonces fue cuando la otra habló:

—¿Estáis bien?

—¿Quiénes sois? —inquirió Cora sin delicadeza alguna.

La chica del puñal hizo un gesto de impaciencia.

—Si no nos vamos ahora, vendrán más —advirtió.

—¿Cómo qué más? ¿Qué está pasando?

La voz de Sandra temblaba más con cada palabra. La otra apretó los labios. Tenía el rostro afilado, ojos verdes y el pelo rubio y lacio recogido en una coleta.

—Vendrán más porque os buscan. Venid con nosotras.

—Yo no me fío —respondió Ray—. ¿Quiénes sois? —repitió.

—Os podemos ayudar —contestó la otra. Morena, pelo corto y ondulado y ojos oscuros—, creo que con eso os vale por ahora.

—Yo creo que no... —repuso Cora con rudeza, pero se calló de inmediato cuando se oyó un chasquido sobre sus cabezas que sobresaltó a los cuatro.

Las chicas, por su parte, ni se inmutaron.

—Davin está haciendo su trabajo —susurró la del pelo rubio mirando a su compañera.

La otra asintió con media sonrisa, como si aquel comentario fuese gracioso, mientras volvía la cabeza hacia el pasillo. Al minuto, por las escaleras bajó otra chica, probablemente la tal



Davin. Tenía el pelo largo, rizado y pelirrojo, además del rostro contraído en una expresión fiera. También llevaba corsé, pero sin mangas y completaba su atuendo con pantalones bombachos y botas. Toda de rojo.

—Arriba ya está —manifestó secamente, mirando a sus dos compañeras—. ¿Nos vamos, o qué?

—¿Pero cuánta gente piensa invadir esta casa hoy? —gritó Sandra de pronto, histérica.

Las tres chicas se volvieron hacia ella al unísono.

—Lo dicho, vendrán más si no os vais ahora —reiteró la primera.

Los cuatro se miraron entre ellos. No sabían quiénes eran esas criaturas que les habían atacado, ni de qué debían huir. Aquello daba al traste con todos sus planes de futuro, pero una cosa era segura: alguien quería hacerles daño. Y era alguien que o bien era un experto maquillador o no era ni siquiera de este mundo. Y los cuatro se negaban rotundamente a aceptar la última posibilidad, por lo que, obedientes, asintieron y salieron de la casa escoltados por dos de las chicas mientras la tercera los guiaba. No les dejaron hacer equipaje.

—No hay tiempo —les dijo la chica del arco con amabilidad cuando plantearon aquella posibilidad—. Allí a donde vamos tenemos todo lo que necesitáis, no os preocupéis.

Una manzana más allá había dos coches esperando. Otra chica se encontraba apoyada en la puerta del acompañante de uno de ellos, mientras que un chico se paseaba despreocupadamente junto al otro, aparcado inmediatamente detrás de primero. Su guía se dirigió directamente hacia allí y saludó a ambos con un silencioso asentimiento de cabeza. Sin palabras, ambos se subieron en el asiento del conductor de sus respectivos vehículos. Los cuatro rescatados, por su parte, se detuvieron sin saber qué hacer. La chica de los ojos verdes pareció reparar en ello, puesto que se volvió y les hizo una seña para que se acercaran.

—Vosotros iréis con Elisa en el coche de delante. Nosotras iremos detrás con Óscar —les dijo mirándolos a los ojos—. No os preocupéis: estáis en buenas manos.

Los cuatro montaron en el coche indicado, dudando seriamente que aquellas chicas tan estafalarias fuesen “buenas manos”, pero ninguno lo dijo en voz alta. Marco se sentó delante y Ray detrás, con las dos chicas. En cuanto se acomodaron, la tal Elisa arrancó el coche sin mediar palabra, y salieron a gran velocidad atravesando el silencioso barrio.

En general, fue un viaje que a todos se les hizo eterno. Su conductora era prudente sin ser lenta, pero el estrés provocaba en los cuatro una indescriptible sensación de ahogo, además del deseo de que la velocidad del coche aumentase.

—¿A dónde vamos? —preguntó Cora mirando por la ventanilla, al comprobar que salían a la M30 en dirección norte.

Elisa, no obstante, se tomó unos minutos para responder, sin apartar la vista de la carretera en ningún momento. Al final, cuando respondió, lo hizo en voz muy baja:

—No muy lejos.

—Ah...

Aquello a Cora no le decía nada y se sintió ligeramente decepcionada, sumado al miedo que aún sentía. Por mucho que se esforzara, no conseguía asimilar lo que había sucedido unos minutos antes. Y eso la ponía todavía más nerviosa. Pero su guía no pareció notarlo, sino que continuó concentrada exclusivamente en conducir.

Cuando, al cabo de un buen rato, entraron de nuevo en Madrid y después salieron a la A6, Ray no pudo contenerse más.

—¿Quiénes sois? —preguntó por tercera vez en aquella mañana. Al joven, al igual que a sus compañeros, le inquietaba no haber recibido todavía respuesta a aquella pregunta. Elisa lo miró por el rabillo del ojo, pero siguió conduciendo sin contestar. Ray se dio por vencido. Por aquel camino, no iba a obtener la infor-

mación que quería, así que prefirió cambiar de táctica—. Quiero decir... ¿Cómo sabíais que esos... —no encontraba las palabras para definirlos—...iban a entrar en nuestra casa e intentar...?

Fue incapaz de terminar la frase, puesto que ni él se creía lo que había sucedido: ni los diabólicos tatuajes, ni los... monstruos, ni aquel alocado rescate. Elisa seguía mirando la carretera con fijeza; aunque parecía más reflexiva que antes, cuando su expresión era inescrutable. Ahora su ceño se había fruncido unos milímetros y había inclinado la barbilla. Como si dudase de lo que debía contestar. Ray sacudió la cabeza, derrotado. Definitivamente, no iba a conseguir nada, por lo que volvió a mirar por la ventanilla y ciñó un brazo en torno a Sandra, que permanecía acurrucada contra él y parecía una estatua de piedra de lo quieta que estaba. Le dio un cariñoso beso en la frente y ella pareció relajarse algo, pero sus ojos seguían clavados en algún punto sobre la puerta del coche, inexpresivos. Ray suspiró; Sandra era, con diferencia, la más vulnerable de los cuatro en estos casos: buena, amable, cariñosa, a veces algo altanera y perfeccionista, pero una persona tranquila y que no estaba preparada para algo como lo que les había sucedido... Aunque Ray todavía albergaba una mínima esperanza de despertarse de un momento a otro en su cama, junto a Sandra, y que todo hubiese sido un mal sueño. Pero, por el momento, parecía que no iba a ser así.

No tardaron en dejar atrás Madrid, pero no fue hasta unos veinte minutos más tarde cuando Elisa abrió la boca por fin.

—No querían mataros.

Los cuatro dieron un respingo casi a la vez, puesto que nadie esperaba ya que contestase. Cora incluso había pensado que habían caído en alguna especie de guerra estrambótica entre mafias y que, por azares del destino, ellos se habían encontrado en medio sin saber muy bien cómo. Igual que una película mala.

—Entonces ¿qué pretendían, exactamente? —quiso saber Marco—Y, ¿quiénes... o qué —matizó un segundo después— son?

El rostro de Elisa se contorsionó una pizca cuando apretó los dientes con rabia.

—Unos bichos odiosos que nos traen de cabeza, eso es lo que son —masculló mientras miraba por el retrovisor con aparente interés, omitiendo adrede la primera pregunta—. No nos siguen —añadió—, por suerte. El hecho de huir en coche les habrá despistado.

—¿Huir? —preguntó Cora, confusa.

—Sí, huir. Lo más importante ahora mismo es que no sepan a dónde os llevamos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sandra en voz baja.

Elisa la miró a través del retrovisor frontal. Sus ojos, de un curioso color violeta oscuro, no revelaban ninguna emoción en aquel momento. Sandra se preguntó si llevaría lentillas.

—Porque está comprobado que, si os cogen, no saldréis con vida otra vez —explicó Elisa con suavidad—. Esta vez solo habéis tenido suerte.

En el coche se hizo un silencio sepulcral ante aquellas palabras. ¿Qué estaba pasando? Cora se miró la muñeca de reojo. ¿Tendría todo aquello algo que ver con los tatuajes? Sin alzar la cabeza, vio cómo la mirada de Sandra seguía la suya. Se planteaban la misma pregunta.

Dejaron muy atrás la ciudad y Elisa se dirigió directamente hacia la sierra, a través de campos salpicados de pueblos, urbanizaciones, un inmenso centro comercial y multitud de carteles de publicidad. Cuando llevarían aproximadamente una hora de viaje y las casas habían desaparecido casi por completo de la vista, salieron de la autopista para tomar una carretera que se adentraba por la montaña. Un espeso bosque los rodeó enseguida y comenzaron a ascender lentamente por la ladera. Media hora después, entraron por una pista forestal plagada de baches y, pocos minutos después, atravesaron una gran cancela negra flanqueada por dos gárgolas amenazadoras y enormes que daban comienzo a sendos muros de piedra gris que se perdían entre los árboles, a

ambos lados del camino. Cuando cruzaron, accedieron a un ancho camino de tierra prensada que discurría entre árboles diversos y se adentraba en lo que parecía una enorme finca. Cuando apareció la mansión que la presidía, los pasajeros ahogaron un grito de sorpresa.

Era grande, con la fachada *beige* y el tejado plano rodeado de un balcón ricamente adornado. Se parecía a las casas que se veían en las series y películas sobre el siglo diecinueve o principios del veinte. Los marcos de las ventanas eran de moldura blanca, adornados con algún motivo floral y vegetal, pero no excesivamente recargados. La puerta de entrada era blanca, de doble hoja, bajo un porche con columnas también de color blanco. El tejadillo del mismo brillaba con reflejos multicolores, como si fuese de nácar, pero ninguno lo hubiese jurado. Todo aquello parecía totalmente fuera de la realidad.

Aparcaron ambos coches frente a la fachada norte, junto a lo que parecían unos establos. Sin mediar palabra, Elisa se bajó del coche y se dirigió hacia la fachada este, donde estaba la puerta principal. Sus acompañantes la siguieron a toda prisa, sin rechistar. Detrás de ellos iban los cuatro desconocidos que habían llegado en el otro coche.

El interior de la casa era el esperado de acuerdo al exterior, pero con modernas tecnologías instaladas aquí y allá. Un timbre con cámara incorporada, alarmas... y a través de la puerta que se abría a la derecha del recibidor se veía la mitad de lo que parecía una televisión de plasma. Los que venían detrás se despidieron rápidamente y Elisa sonrió con franqueza en respuesta. Los cuatro músicos se dieron cuenta de lo guapa que era cuando sonreía. Su rostro redondo tenía un aire exótico que ninguno supo identificar. Se volvió casi de inmediato hacia ellos y, para su alivio, la sonrisa no desapareció del todo.

—Os enseñaré vuestras habitaciones —anunció señalando las escaleras.

Los cuatro se quedaron petrificados en el sitio.

—Espera... ¿habitaciones? —Cora fue la única que materializó sus preocupaciones.

La chica los miró, extrañada.

—Sí... —repuso. De pronto, pareció darse cuenta de algo—¿Preferís dormir en otro sitio? —preguntó dubitativa.

Los cuatro intentaron disimular su frustración. No, no era exactamente eso.

—Nosotros ya tenemos unas habitaciones y una casa... —expuso Sandra, hablando por todos—. Confiábamos en que esto se solucionaría rápido... Tenemos una entrevista esta tarde y...

Se calló al ver la repentina expresión de Elisa, porque su rostro parecía haberse transformado en piedra y sus ojos violetas relucían de manera extraña. Retrocedieron un paso, intimidados. Su expresión casi daba miedo.

—No podéis volver a casa por el momento... Ni hoy ni hasta dentro de un tiempo —anunció la joven, impenetrable, ignorando sus expresiones angustiadas—. Si os hemos salvado es porque quedan muchas incógnitas por resolver acerca de todo lo que ha sucedido, y no solo me refiero a vuestro asalto. Hay más, mucho más en realidad —puso los brazos en jarras—. Así que, si queréis estar a salvo, os quedaréis aquí. Si no...

Hizo un gesto elocuente y los cuatro recién llegados se miraron entre ellos, indecisos. ¿Acaso tenían otra opción? Alguno de ellos echó un vistazo rápido a la puerta a sus espaldas, acariciando la idea de escapar. Pero no sabían ni dónde estaban y perdidos por la montaña no resolverían nada, salvo que los matasen aquellos que los perseguían Dios sabía por qué. Al cabo de un rato concluyeron que no tenían más remedio que asumir todo aquello; al menos, hasta que entendieran lo que estaba pasando. Y les daba la impresión de que en aquella mansión podrían explicárselo. Resignados, se decidieron a seguir a Elisa hacia lo que, esperaban por poco tiempo, iba a ser su nuevo hogar.

## *El rayo que inunda de luz la oscuridad*

El mago observó desde su ventana cómo amanecía sobre el mar, mientras apretaba un papel con fuerza en su puño derecho. Sus ojos chispeaban de rabia y su mandíbula estaba tensa. ¿Cómo era posible? Habían rastreado los espíritus desde que la chica del Fuego murió, habían encontrado a los nuevos depositarios... Unos niños; solo eran unos malditos críos inexpertos que probablemente no sabían ni lo que les estaba pasando. Y, sin embargo, habían fracasado. Cuando había enviado a sus agentes a la casa a comprobar qué había sucedido, la habían encontrado desierta: ni rastro de las criaturas ni de los cuatro humanos. Sin embargo, el ambiente olía a magia. Apestaba a bruja.

Con rabia, arrojó el mensaje a la chimenea del dormitorio, y se quedó mirando cómo se consumía entre las llamas mientras reflexionaba. Alguien se le había adelantado y sospechaba que era para protegerlos. Por lo tanto, tenía que meditar su estrategia. No podía fallar. Su posición dependía de ello.

Volvió ligeramente la cabeza cuando la oyó llegar. Por el rabillo del ojo, vislumbró la túnica verde y blanca que se ceñía al contorno escuálido de su cuerpo; el cual, por otra parte, no carecía de cierta belleza sobrenatural. El mago sonrió con maldad.

—Escribe a nuestro fiel servidor —le indicó a la mujer—, creo que lo vamos a necesitar.

Ella alzó la barbilla con expresión curiosa, pero no se movió del sitio.

—¿Sigue de nuestra parte? —preguntó, con su voz suave y melodiosa como la brisa.

El mago rio por lo bajo con crueldad.

—Si no es así, haremos que lo esté —aseguró en un susurro malévolo.

Ella se rio a su vez en el mismo tono. Su risa era casi más taimada que la de él.

—Como deseéis, mi señor.

Inclinó brevemente la cabeza a modo de despedida y se dio la vuelta para irse. Su túnica revoloteó tras ella mientras desaparecía por el umbral de la puerta. Él se demoró un segundo mirando el contorno de su espalda. Muchos no entendían qué veía en ella. Sonrió con diversión: que siguieran elucubrando, pensó mientras retomaba su posición junto a la ventana. El mar lucía un color más y más aturquesado cuanto más se alzaba el sol; la niebla cubría el horizonte, como siempre. La sonrisa del mago se ensanchó hasta convertirse en una mueca cargada de maldad. El día que atravesara esa niebla, sería para adueñarse del mundo. Y nadie podría impedirselo.

\*\*\*

Cora abrió lentamente los ojos y cuando miró el reloj, dio un respingo. “Mierda”, pensó. Eran las dos y media de la tarde, si no se daba prisa no llegarían a la entrevista... ¿Por qué la habían dejado dormirse? Frunció el ceño. Algo no iba bien.

Muy despacio, la joven se incorporó en la cama y miró a su alrededor con cautela. Aquella habitación no era la suya: era mucho más sobria, sin adornos, con las paredes lisas pintadas de color pastel, además de bastante más grande que la que solía ocupar. De hecho, había otra cama un metro más allá, paralela a la suya, y un pijama arrugado de color gris asomaba bajo la almohada, idéntico al que habían colocado a los pies de su cama: un conjunto de algo que parecía raso, formado por un pantalón y una camiseta de manga corta, de color rojo cereza. La colcha de la otra cama también estaba arrugada, como si alguien hubiese estado allí tumbado. Cora se frotó las sienes, cada vez más confundida. ¿Dónde estaba? Un escalofrío recorrió su espalda. ¿La habrían secuestrado, o algo parecido? Se levantó de un salto, dispuesta a escapar, cuando, de repente los recuerdos llegaron arrasando su cerebro. Jadeó y se sentó de nuevo en la cama, mareada.



No era posible. Tenía que haber sido una pesadilla. No solo por lo estrambótico del asunto si no porque, de ser cierto, su vida acababa de dar un vuelco que no estaba segura de poder asumir. Se levantó de nuevo, al mismo ritmo y se pasó la mano por el pelo, angustiada. No podía ser verdad. Pero durante aquel gesto, el extraño tatuaje estrellado de su muñeca asomó en su campo de visión como una broma macabra, por lo que bajó la mano de inmediato y se quedó un rato contemplándolo, pensativa. Después, alzó la cabeza con resolución, respiró hondo y se dirigió hacia la puerta. Debía averiguar dónde estaba y qué diablos estaba pasando. Necesitaba confirmar que el mundo no se había vuelto loco de repente.

\*\*\*

Marco contempló pensativo el fondo de la pequeña fuente mientras trataba de poner en orden sus ideas. Su cerebro era un torbellino desde aquella mañana, cuando había salido de aquella terrible pesadilla; e intuía, pero no se atrevía casi a pensarlo, que Marina, los monstruos y la gente que los había sacado de su casa estaban relacionados de alguna forma que escapaba a cualquier tipo de racionalidad. Y eso era lo que más le asustaba.

Había encontrado el jardín por accidente, al perderse por una pequeña escalera lateral de la mansión y salir por la parte de atrás. Sus pasos le habían conducido lentamente hasta aquel rincón, en el que, sorprendentemente, su mente parecía tranquilizarse. Casi se podría decir que sus pensamientos fluían con más serenidad, como las pequeñas corrientes que, a través de canalones de piedra abiertos en el suelo, salían de la fuente para desembocar en dos estanques laterales.

Se volvió al oír que alguien se acercaba y, cuando la vio, no pudo evitar sonreír ampliamente. Sandra.

—Hola —saludó.

—Hola —ella sonrió tímidamente—. ¿Te molesto?

Marco sacudió la cabeza y le tendió una mano cariñosa a modo de invitación.

—No, claro que no, ya lo sabes.

Para Marco y Sandra, su relación trascendía la amistad hasta casi el hermanamiento. Se conocían desde la escuela primaria, desde aquel día que los castigaron por iniciar una batalla campal de bolas de papel a través del aula. Tras pasar una tarde entera solos en el despacho de la profesora y pasado el enfado inicial, ya no había habido quien los separase. Cuando pasaron al instituto, nada cambió. Sus compañeros al principio pensaban que estaban saliendo en secreto, pero como nunca dieron muestras de nada más que una sincera amistad, aquello se fue olvidando. Además, allí conocieron a Ray y a Cora, y congeniaron enseguida con ellos. Los cuatro se convirtieron en el grupo de amigos más sólido de toda la escuela. Cuando Ray y Sandra empezaron a salir, Marco lo aceptó sin reservas. Quería lo mejor para ella y sabía que Ray lo podía ser; confiaba en él, era un buen chico, un buen compañero y un buen amigo.

Por eso, cuando Sandra se acercó aquella mañana, Marco sabía casi exactamente qué era lo que quería solo con mirarla a los ojos, con analizar su postura: había algo que la carcomía por dentro.

—¿Qué sucede, Sandra? Te veo... preocupada.

El chico trató de dar pie a la conversación mientras ella se sentaba a su lado. Sandra sonrió con la boca, pero no con los ojos.

—No se te escapa una, ¿eh? —bromeó, pero inmediatamente se puso seria. Estaba claro que no sabía bien por dónde empezar. Se retorció las manos, nerviosa, como hacía siempre que algo le preocupaba, respirando con agitación—. Hay... algo que quiero preguntarte desde esta mañana... —se animó al fin—. Yo...

Se interrumpió, tragó saliva y se echó la larga melena rubia sobre un hombro mientras jugueteaba con un mechón entre los dedos. Marco le cogió la otra mano.

—¿Sí? —intentó ayudarla.

Pero Sandra no contestó enseguida. Lo hizo al cabo de un rato, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Tú habías visto... antes... a esos... “animales” que iban a por nosotros?

Marco se estremeció al recordarlos y bajó la vista, tratando de que Sandra no notase la turbación que se había adueñado de su rostro.

—Sí —respondió en voz baja, mientras observaba el discurrir del agua por la fuente—, anoche, en mis sueños.

—Yo también —confesó ella—, pero lo más extraño es —Miró al horizonte—que no era la primera vez que los veía en mis sueños —Marco alzó la cabeza, sorprendido. Aquello no se lo esperaba—. Muchas noches tuve pesadillas en las que sombras cambiantes me rodeaban y susurraban mi nombre —continuó la joven—. Y, de vez en cuando, adoptaban el rostro de esas criaturas —se estremeció—, solo que hasta ahora pensaba que eran un producto de mi imaginación.

Marco suspiró con resignación.

—Bueno, en este caso parece que los sueños se han hecho realidad.

—Pues maldita mi suerte —se lamentó ella mientras enterraba la cara entre las manos, abatida.

Marco se arrepintió enseguida de haber dicho aquello y la abrazó con cariño, queriendo tranquilizarla.

—Eh, cálmate —le susurró al oído—, ahora estamos a salvo, ¿no?

—Sí... —Sandra contestó poco convencida—. Marco, ¿puedo preguntarte otra cosa?

—Dime, lo que sea —aseguró él.

—¿Quién es Marina?

Ante aquella mención, Marco se puso rígido y se apartó sin brusquedad de su amiga. No quería pensar en la joven de su sueño. Pero la mirada de Sandra era profunda, casi suplicante. Iba

a responder cuando una voz femenina tras ellos se le adelantó, sobresaltándoles:

—Pregunta más bien de qué la conoce.

Los dos se volvieron a la velocidad del rayo. Apoyada contra un árbol, semioculta por su sombra, se adivinaba la figura de una joven. Pero su voz no se parecía a ninguna que hubieran oído antes. ¿Cuánta gente vivía en aquella casa?

—¿Quién eres tú? —preguntó Sandra, intentando aparentar valor, pero sin conseguirlo del todo.

Su interlocutora no respondió, pero salió al sol. Tenía el cabello largo de color dorado oscuro y sus ojos eran marrones y grandes. Las cejas daban a su rostro un aspecto severo, pero Sandra no pudo dejar de apreciar las profundas ojeras y los halos rojizos alrededor de sus iris. Aquella chica había estado llorando mucho hasta hacía poco.

—Me llamo Aldara —repuso la desconocida—y vosotros sois...

—Yo soy Sandra y él es Marco —se apresuró a aclarar Sandra.

Aldara asintió, como si eso ya lo supiera, sin dejar de mirar a Marco. Se aproximó hasta quedar casi a su altura y repitió la pregunta:

—¿De qué conoces a Marina?

—¿Por qué quieres saberlo?

Aldara vaciló un momento. Después tomó aire e hizo un gesto de impaciencia.

—Porque era mi hermana. ¿Alguna otra pregunta o me vas a responder? —contestó con cierta rudeza, aunque Sandra detectó un ligero temblor en su voz.

Marco, por su parte, se quedó sin habla mientras Aldara seguía mirándole fijamente. La analizó durante un par de segundos, y concluyó que Marina no se parecía a aquella muchacha: la joven de sus sueños tenía el pelo corto y oscuro y los ojos claros... La observó con desconfianza, ¿sería un truco? Pero al ver

que ella mantenía sus ojos clavados en él y que su expresión seguía siendo seria y expectante, decidió que no tenía nada que perder. Hizo dos intentos, pero solo al tercero carraspeó y consiguió articular:

—La vi anoche en una pe... en un sueño —rectificó.

Pero Aldara pareció no darse cuenta del matiz. Su expresión había cambiado. Ahora parecía casi beber de sus palabras.

—Descríbeme ese sueño —le ordenó ella, acucillándose. Su tono de voz era algo más amable. Él la miró con cautela—. Por favor.

El tono se dulcificó un poco más. Marco la miró de arriba abajo con suspicacia, pero ante la insistencia de sus ojos oscuros, cedió.

—Está bien.

Tras poner en orden sus ideas, le relató el sueño lo más fielmente que pudo, y ella no se movió un ápice hasta que terminó. Cuando lo hizo, como único gesto Aldara giró la cabeza y miró fijamente hacia algún punto en el horizonte, pensativa. A Marco le pareció que incluso sus ojos se humedecían, pero fue un segundo. Puesto que cuando se volvió hacia él, no había más rastro de lágrimas que antes en su rostro.

—Gracias —le dijo con sequedad.

Dicho esto, se levantó, se dio la vuelta y se fue por el camino que llevaba a la casa sin otra palabra. Marco y Sandra se miraron extrañados. Decididamente, aquello empezaba a salirse de los límites de lo cabal.

\*\*\*

Cora entró con cautela al salón; desde el recibidor se oían voces juveniles y no podía menos que ir a investigar. Allí vio varios grupos de gente de diversas edades: unos jugaban al *pin-ball*, otros trabajaban en grupo sentados en una mesa y otros veían la televisión. Sin embargo, en cuanto dio dos pasos en el

interior de la estancia, la actividad cesó y todos la observaron fijamente; con la misma mirada que ella hubiera dirigido a un extraterrestre que se cruzase en su camino en medio de la Gran Vía. Cora se dio la vuelta para irse, repentinamente incómoda, cuando escuchó cómo alguien tras ella decía:

—Esa debe ser la humana.

La joven se puso rígida y sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. ¿Aquellos chicos y chicas... no eran humanos? Reprimiendo un nuevo escalofrío, salió corriendo sin pensar hacia la puerta que vio abierta más cercana y la cerró tras de sí, jadeando de miedo. Pero el temor se transformó en asombro cuando comprobó dónde se encontraba.

Parecía un estudio de baile por el tamaño y los amplios ventanales, pero la mesa alargada que presidía el centro, tallada en madera oscura y rodeada de sillas a juego, desmentía totalmente esa función. Parecía más bien una sala de reuniones. Cora miró hacia el techo. Había una bóveda chata en la que aparecían pintados dos dragones entrelazados rodeados de símbolos desconocidos para ella.

—¿Buscabas algo?

La voz femenina había resonado a sus espaldas y Cora se volvió de un salto, como si la hubiesen pinchado, con los ojos como platos y el corazón latiendo a mil por hora. Una chica rubia, delgada, bajita y con gafas la observaba desde la puerta entornada, con expresión curiosa.

—No voy a comerte, no pongas esa cara —dijo ella, y Cora se esforzó por normalizar su respiración—pero debes saber que no puedes estar aquí —le indicó la rubia a continuación, sin severidad.

Cora carraspeó para obligar a reaccionar a sus cuerdas vocales tras el susto.

—Lo siento. Soy nueva aquí.

Esbozó una torpe sonrisa de disculpa y la otra chica pareció comprender.

—Ah, sí. La chica humana.

Cora apretó los dientes con irritación. Era la segunda vez que la llamaban “humana” como si fuese algo fuera de lo normal. Fue a dar una réplica cortante cuando la arquera del pelo corto y ondulado, que les había rescatado de los monstruos, asomó su cabeza detrás de la muchacha rubia. Su mirada se dirigió de inmediato hacia esta última.

—¡Ah, estás aquí!

La chica rubia se volvió a su vez.

—He encontrado a la chica que quería ver Ruth. Bueno, a una de ellas.

La joven morena dirigió su mirada hacia Cora.

—Eres Cora Ferrer, ¿verdad?

A la interpelada se le cortó la respiración.

—¿Cómo sabes mi apellido?

La otra se encogió de hombros con desgana y no contestó. En cambio, le hizo una seña y le dijo:

—Sígueme. Os están esperando.

Cora decidió obedecer. Otra vez. «¿Qué más puedo perder ya?», pensó con amargura a la vez que sus pensamientos volaban, sin querer, hacia Sandra. Ella tenía a Ray, incluso a Marco cuando la necesitaba... sí, al parecer el “Don Juan” había pasado olímpicamente de enamorarse de su amiga del alma, aunque fuera escultural. Era raro, pero no asunto suyo. No obstante, no pudo evitar sorprenderse al sentir una punzada de dolor junto al pecho izquierdo cuando la imagen de Marco apareció en su mente. Sacudió la cabeza.

«No», se dijo, «no caigas en su trampa, ya le has visto actuar y al final, si consigues lo que lleva buscando tanto tiempo, luego solo serás un triunfo más». Siempre que le empezaba a resultar tentadora la idea de que Marco y ella podían acabar juntos y felices, se autoconvencía de lo contrario con aquellas mismas palabras. Por ahora, funcionaba.

—Ya hemos llegado —anunció su guía.

Cora volvió de golpe a la realidad con un respingo y miró a su alrededor. Se encontraban en un pasillo recubierto de paneles de madera, frente a una puerta de color negro. Su guía la abrió y ante sus ojos apareció un salón grande e iluminado por la luz del sol que entraba desde dos amplios ventanales. Como mobiliario, tenía una pared forrada de estantes, una chimenea, dos sofás de cuero negro, dos mesitas auxiliares y una mesa de té central. Pero no estaba vacía.

Davin y otras dos chicas de piel morena que no conocía pero que, por el parecido físico, supuso que eran hermanas, estaban sentadas en un sofá. El tal Óscar, Elisa y una chica de cabello ondulado color miel ocupaban el otro. Además, había una mujer en la sala. Era alta, de porte distinguido: pelo rubio platino y corto bajo las orejas, lacio, con la raya casi central. Y sus ojos... de un azul muy claro, casi transparente... Se parecían a los de Marco. «Deja de pensar en él» se gruñó a sí misma. Aunque casi fue como invocarlo porque entró en ese instante en el salón, seguido de Sandra, ambos precedidos por la chica de ojos verdes que les había rescatado y otra de ojos oscuros y cabello corto por los hombros, rubio en diferentes tonalidades. Cerrando el grupo iba Ray. Cuando la puerta se cerró tras ellos, la mujer rubia sonrió.

—Bueno, pues ya estamos todos.